

Antonio Rodríguez Huéscar: hispanismo filosófico en el Campo de Montiel

SANTIAGO ARROYO SERRANO*
Universidad de Salamanca

Recibido: 26-IX-2017
Aceptado: 17-XII-2017

RESUMEN

Se pretende dar una visión de la obra filosófica de Antonio Rodríguez Huéscar, que se interesa por el Campo de Montiel y por lo manchego en general, contextualizando su posición como filósofo español y su interés intelectual por la comarca, así como su devenir histórico tanto en la antropología o estudio de la metafísica, en una reflexión territorial, como de la estética, a través del análisis filosófico y estético de la obra del pintor Antonio López Torres. Estas dos perspectivas fundamentan las conclusiones sobre su papel en el ámbito de los estudios de filosofía hispánica y el Campo de Montiel y el diálogo con algunos autores locales para justificar sus ideas filosóficas.

PALABRAS CLAVE: Filosofía, Campo de Montiel, Antonio Rodríguez Huéscar, Cartas, Estética, Paisaje.

ABSTRACT

In this article we will introduce a view of Antonio Rodríguez Huéscar's philosophical work, interested in Campo de Montiel region and the character of La Mancha inhabitants, contextualizing his position as a Spanish philosopher and his intellectual interest in that region, in addition to the historical development both in the anthropology or study of metaphysics in a landscape and aesthetics theory through the philosophical analysis of painter Antonio López Torres' work. These two perspectives are relevant about his role in the field of Hispanic philosophy and Campo de Montiel studies and the dialogue with some local authors to justify his own philosophical ideas.

KEYWORDS: Philosophy, Campo de Montiel, Antonio Rodríguez Huéscar, Letters, Aesthetic, Landscape.

* sarroyo@usal.es

1. ANTONIO RODRÍGUEZ HUÉSCAR Y LA VIGENCIA DE SU OBRA

Antonio Rodríguez Huéscar nació en Fuenllana (Ciudad Real) el 13 de abril de 1912. Siempre mantuvo una estrecha relación con su comarca y localidad en el Campo de Montiel; de hecho, dedicó parte de su obra a analizar desde su método filosófico su lugar de origen y, además, mantuvo un fuerte compromiso con sus instituciones y gentes. Pasados los 25 años de su desaparición, sus textos aún perviven y resuenan en la problemática de la comarca.

Considerado el discípulo más importante de José Ortega y Gasset en cuanto a la asimilación de su filosofía, algunos autores valoran su obra como una apropiación de la filosofía de su maestro (Padilla Moreno, 2004). Es evidente que la obra de un discípulo siempre está marcada por la de sus maestros, y en el caso de Rodríguez Huéscar, la filosofía de Ortega lo marcaría para siempre como filósofo y profesor. Además de filósofo y profesor universitario y en enseñanzas medias, Rodríguez Huéscar se constituyó como uno de los historiadores de la filosofía en España más destacados del siglo XX, aun siendo incapaz de haber desarrollado más su obra por una peripecia vital que lo llevó a ser apartado de su plaza y a exiliarse a Puerto Rico, entre otras complicaciones.

Después de cursar el bachillerato en Villanueva de los Infantes y en Ciudad Real, en 1931 llegó a la Universidad Central de Madrid para estudiar la carrera de Filosofía y Letras, donde tuvo como maestro a José Ortega y Gasset, estableciéndose entre ambos una corriente de afecto que desembocaría en una sincera amistad mantenida hasta la muerte del que fuera catedrático de Metafísica en la Universidad de Madrid.

Al término de sus estudios, que concluyó en 1936 con premio extraordinario de la licenciatura, consiguió por concurso-oposición una cátedra de Filosofía en el Instituto de Enseñanza Media, pocas semanas antes del inicio de la Guerra Civil. Las nuevas autoridades académicas anularon su plaza en 1940, por lo que hubo de pasar a la enseñanza privada, primero en Tomelloso (Ciudad Real), donde fue cofundador, profesor y director durante cinco años del Colegio de Santo Tomás de Aquino, hasta el año 1945, en que fue nombrado profesor de Filosofía del Colegio Estudio de Madrid, donde permaneció hasta 1955 cuando, tras la muerte de Ortega, aceptó una de las varias invitaciones de universidades hispanoamericanas que había recibido hasta entonces, y se trasladó a la Universidad de Río Piedras (Puerto Rico) para ocupar la cátedra de Filosofía de la Facultad de Humanidades, que mantuvo hasta el verano de 1971. Durante su larga permanencia en aquella universidad, fue jefe de la redacción de la Editorial Universitaria de la Universidad de Puerto Rico y director adjunto de *La Torre*, revista general de dicha universidad.

Después de un tiempo de exilio prolongado, en 1971 regresó definitivamente a España, donde había sido revalidado entre tanto –en 1959– en su plaza por oposición a cátedra de enseñanza media de 1936, de manera que pudo reanudar su actividad docente en varios institutos hasta su jubilación en 1982, cuando era catedrático en el Instituto Joaquín Turina de Madrid. Su muerte tuvo lugar en la capital el 29 de abril de 1990. Hasta entonces, escribió numerosos artículos, reseñas y estudios filosóficos.

En la última década se ha realizado un valioso trabajo de recuperación de la biografía y la bibliografía de escritores y artistas nacidos en Castilla-La Mancha o cuya obra se ha desarrollado en nuestra región, a partir de la publicación de distintos diccionarios en los que se presentan autores, obras y fuentes secundarias o estudios sobre distintos personajes; entre ellos, la figura de Antonio Rodríguez Huéscar ha sido una referencia para el estudio de los pensadores o filósofos regionales (Arroyo, 2007). También se han recuperado en la última década instituciones, publicaciones periódicas temáticas o grupos significativos necesarios para poder entender el complejo entramado tanto literario como artístico de Castilla-La Mancha. La Casa de Castilla-La Mancha en Madrid creó, bajo la dirección del erudito alcarreño Ciriaco Morón, el Aula de Pensamiento Antonio Rodríguez Huéscar, donde cada cierto tiempo se plantean conferencias y charlas sobre los filósofos o la filosofía de Castilla-La Mancha.

Una de las bases para facilitar el conocimiento al investigador de la producción intelectual de un autor es el alcance y proyección de las ediciones de su obra, que proporcionen una guía bibliográfica desde donde iniciar la investigación y conocimiento de los autores. Al mismo tiempo, el punto de partida en un contexto histórico concreto es indispensable para una adecuada comprensión de los hechos particulares. La filosofía se hace en la historia, en una lengua, en un momento histórico y en situaciones determinadas que se deben conocer para orientarnos en el pensamiento. La obra de Rodríguez Huéscar está vinculada a la historia del siglo XX del Campo de Montiel, por lo que en este artículo se muestran algunas de las confluencias entre su pensamiento y esta comarca, en la que se podría incluso situar a este filósofo en el seno de una importante tradición humanista en el Campo de Montiel. Por muy distintos que sean los pensadores, han de coincidir en algo, pues en otro caso no habría filosofía, y en esta ocasión la coincidencia, más allá del lugar de nacimiento, se apoya en la sensibilidad por el territorio originario y sus afectos.

No estamos acostumbrados a leer sobre un colectivo como el de los filósofos y teólogos, al que poca atención se ha prestado en Castilla-La Mancha hasta hoy,

cuando están siendo recuperados por grupos o equipos de investigadores nacionales e internacionales. Esto pudiera deberse a que aún no existe una Facultad de Filosofía en la Universidad de Castilla-La Mancha. Generalmente, pensamos que no tenemos una filosofía propia, sino únicamente autores dispersos que se han encuadrado dentro de distintas corrientes nacionales o internacionales, que han tratado sobre temas locales o globales, aunque siempre desde la perspectiva teórica propia del pensamiento filosófico. Esta pequeña aportación pretende abrir el camino a otras posibles investigaciones sobre autores como Bartolomé Jiménez Patón, Santo Tomás de Villanueva, Francisco de Quevedo —y su retiro en el Campo de Montiel—, Fernando de Ballesteros y Saavedra, Antonio de Molina Herrera, Gonzalo Navarro Castellanos, José de Villanueva, Gabriel García Maroto o Antonio Romero Velasco, entre otros.

No obstante, a pesar de la dificultad que entraña descubrir una filosofía *de* Castilla-La Mancha, estamos dispuestos a afirmar la existencia de una filosofía *en* Castilla-La Mancha, pues tenemos obras publicadas y autores que lo demuestran. Igual que se escribió teatro, poesía o narrativa, también se elaboraron obras filosóficas. La sólida obra de Antonio Rodríguez Huéscar es una de las causas que nos permite oponernos a las afirmaciones de que no existe una filosofía en Castilla-La Mancha, que es lo que ha hecho la mayoría de los autores que han trabajado sobre este tema. Creemos, en primer lugar, necesaria una visión amplia y completa de todos los trabajos que surgieron en Castilla-La Mancha o de autores originarios de nuestra tierra, para poder analizarlos con el fin de descubrir —o no— una línea temática concreta que distinga el pensamiento regional en Castilla-La Mancha del que aparece en otras regiones. Sin este análisis bibliográfico previo, sin fijarnos en los textos mismos, no es posible afirmar la existencia de una forma de cultura tan importante en el devenir histórico como la filosofía.

Los trabajos de Antonio Rodríguez Huéscar en el ámbito de lo manchego y en relación con el Campo de Montiel aún no han sido analizados ni estudiados con suficiente detenimiento como para valorar sus aportaciones estrictamente regionales. Su estudio es complejo, no solo por su erudición sino por el amplio espectro de temáticas tratadas en su obra, cuyos temas recurrentes son la historia, la filología, la lingüística, la filosofía y, especialmente, la estética. Lo que sí queda claro es el magisterio orteguiano, y su verdadero interés por los temas manchegos lo sitúa como uno de los primeros filósofos españoles que estudian desde una escuela filosófica una comarca y unos rasgos regionales *sui generis*.

La principal manifestación de la filosofía de Antonio Rodríguez Huéscar y su reconocimiento se ha debido fundamentalmente a su pensamiento sobre la filoso-

fía orteguiana, con una obra sólida completada con estudios como los que hemos analizado aquí. La aportación de Rodríguez Huéscar a la Filosofía en España no cabe duda que es fundamental.

Los años que vivió en Tomelloso (1940-1945), muy cerca de su Fuenllana natal, fueron importantes para la configuración del proyecto filosófico de nuestro autor, para penetrar con sosiego en los difíciles caminos del pensamiento hasta que las circunstancias lo permitieron y pudo publicar algunos ensayos críticos sobre autores clásicos. No es, sin embargo, un escritor prolífico, sino más bien un cuidadoso labrador de la palabra, que recoge los mejores y más maduros frutos de entre sus escritos para que sean editados. Durante estos años compartió sus inquietudes intelectuales con figuras como Francisco Martínez Ramírez y Antonio López Torres, de quien se hablará brevemente más adelante. Estas amistades nos parecen esenciales en la lucha existencial y el desarrollo personal de Rodríguez Huéscar. Desde Tomelloso, el 10 de junio de 1943, le escribe a Francisco Martínez Ramírez una carta, que transcribiremos a continuación (Fig. 1).

«Tomelloso, 10 de junio de 1943
Sr. D. Francisco Martínez Ramírez,
Madrid

Mi querido D. Francisco:

He recibido por amigos de aquí que tenía usted intención de alquilar un piso en Madrid, y, recordando la conversación que sostuvimos días antes de marcharse usted, relacionada con este asunto, le escribo para reiterarle mi deseo y rogarle me exprese las condiciones, si no tiene ya otro compromiso, o si mis informes no son inexactos. Debo advertirle, para los efectos de su respuesta, que sólo estaré en Tomelloso hasta el día 20, fecha de terminación del curso, y que pocos días después de esta fecha iré a Madrid – le digo esto último por si su estancia allí se prolongara hasta entonces. Nada le digo de otros asuntos, porque espero que, aquí o allí, pronto nos veremos y podremos conversar largamente, de lo cual tengo vivos deseos. Únicamente, para terminar, manifestarle mi cordial felicitación.

Saludos del amigo Rosado.

Con todo afecto.

Antonio R. Huéscar.

S.C. Don Víctor, 56, Tomelloso»

Francisco Martínez Ramírez era conocido como *El Obrero*, nombre del periódico local que dirigía. En todas las facetas en las que trabajó innovó y se situó siempre por delante del Estado. Especialista e interesado por temas económicos, escribió algunos títulos casi proféticos como *Moneda Nueva* (1923), *La Peseta*

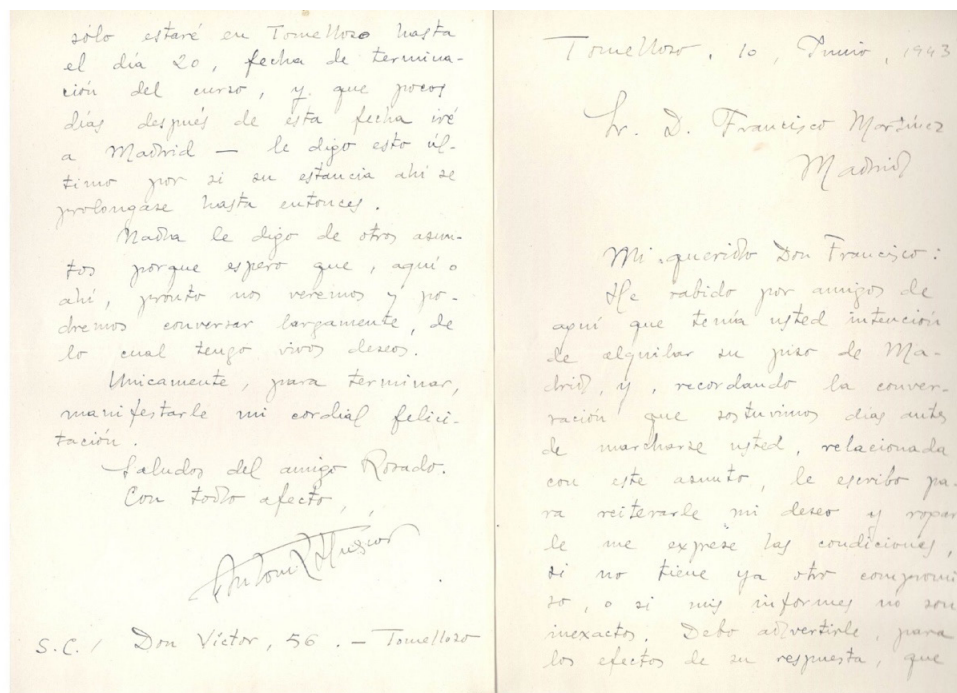


Fig. 1: Carta de Antonio Rodríguez Huéscar a Francisco Martínez Ramírez, El Obrero. 1943.

(1930) y *Reforma Monetaria* (1933). Escritor mordaz e irónico, no tenía miedo a hablar claro en sus textos, seguramente porque no tenía nada que perder, sino mucho que ganar. Su origen estaba en el campo. Nació en 1870 en el seno de una familia de campesinos, y esto le permitió, a pesar de los altos cargos que llegó a ocupar durante el Gobierno republicano, llegar a grandes extremos de generosidad y solidaridad. Así ocurrió con el joven Antonio López Torres, al que patrocinó cuando nadie creía en su valor como destacado pintor del paisaje y del sentimiento manchego.

Fue Martínez Ramírez un buen antropólogo de las gentes de Tomelloso, destacando su identidad frente a otros lugares en España. Analizó cómo la gente trabajaba con esfuerzo para salvar la economía local, y superaba así el contraste con la precaria situación económica del país. Con sus sensatos análisis de la realidad cotidiana, siempre quiso ir más allá, transformándola, no se conformaba en ningún caso con la realidad que le tocó vivir; disponía de recursos y capacidades suficientes con los que modificar lo establecido. Para él, las cosas no eran tal y como debieran ser, fue un luchador y defensor del progreso de La Mancha. Postuló un

pensamiento eminentemente crítico que evaluó lo existente y propuso nuevas salidas, sin estancarse en la palabrería vana sin fundamentos. Esto evidencia la buena relación e influjo de índole krausista en Rodríguez Huéscar, que vio en Francisco Martínez Ramírez un amigo para la conversación y el pensamiento sobre La Mancha. En la carta que reproducimos se muestra el afecto y cercanía de ambos, a pesar de su sustancial diferencia de edad, de más de treinta años. Al intelectual de Tomelloso siempre le preocuparía el carácter y destino de La Mancha, como después incluirá, fruto de su vocación filosófica, el pensador de Fuenllana al escribir sobre su tierra y sus personas.

2. ANTONIO RODRÍGUEZ HUÉSCAR, FILÓSOFO ESPAÑOL

Entre los principales elementos que destacan de la trayectoria filosófica e intelectual de Antonio Rodríguez Huéscar tenemos, por una parte, su aportación a la filosofía española y, por otra, su interés por el lugar que lo vio nacer, Fuenllana, el Campo de Montiel y La Mancha en general. Esta filosofía territorial es una de las más interesantes aportaciones de Rodríguez Huéscar a la historiografía filosófica hispánica, con destacadas referencias a la historia de la filosofía *en España* y *de España*, aunque su filosofía se desarrolló también en el exilio. Rodríguez Huéscar es uno de los representantes clave de la filosofía española por su inclusión en una de las más importantes escuelas, la orteguiana, muy viva aún hoy. La intención de este artículo es, por tanto, dar una visión panorámica de ambas perspectivas, la de sus planteamientos filosóficos y también la del interés que demostró por su lugar de arraigamiento, el Campo de Montiel.

Sirva de muestra para ello la aparición del número 11 de *Bajo Palabra, Revista de Filosofía*¹ (2015), editada por la Universidad Autónoma de Madrid, que dedicó a su figura un monográfico con el título *Antonio Rodríguez Huéscar: una vocación filosófica*, compuesto por una serie de artículos que muestran la importancia del filósofo de Fuenllana, en tanto que los principales historiadores de la filosofía española dedican dichos artículos a su trabajo. Otra consecuencia importante de la vigencia y el valor de la obra de Rodríguez Huéscar es la reciente apertura de un portal propio en la Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes² (Fig. 2), lo que muestra el interés y la actualidad de sus planteamientos filosóficos y su proyecto de vida.

En la revista *Bajo Palabra* entre los artículos dedicados al filósofo del Campo de Montiel, se encuentra el de Juan Pablo Fusi “La posguerra como circunstancia”,

¹ www.bajopalabra.es (acceso 15-XII-2016).

² www.cervantesvirtual.com/portales/antonio_rodriguez_huescar (acceso 15-XII-2016).

que sitúa la época que le tocó vivir; a continuación, el de José Emilio Esteban y José Lasaga, “Antonio Rodríguez Huéscar y José Ortega y Gasset: tres cartas”, en las que relata su vocación filosófica y su deseo de cultivar el pensamiento más allá de su tiempo en La Mancha; encontramos también un testimonio, “Cuando Antonio Rodríguez Huéscar, mi padre...”, de su hija Eva Rodríguez Halfter; Jorge García Gómez escribe “La metafísica orteguiana y su desarrollo en la obra de Antonio Rodríguez Huéscar”; obra de Javier San Martín es “La crítica de Antonio Rodríguez Huéscar al idealismo de Husserl”; el artículo de Juana Sánchez-Gey versa sobre “La reflexión metafísica de Rodríguez Huéscar, lectura pionera de Ortega”; otro de los trabajos es “‘Mundo’ en la analítica ethológica de Antonio Rodríguez Huéscar”, de Gerardo Bolado Ochoa; Lucía Parente firma el artículo “Antonio Rodríguez Huéscar: una metafísica del acontecimiento”; Juan Manuel Monfort Prades escribe sobre las “Bases metafísicas de una teoría de la cultura en la obra de Antonio Rodríguez Huéscar”; “Esperar lo inesperado. Algunas reflexiones sobre la contingencia a partir de la obra de Antonio Rodríguez Huéscar y José Ortega y Gasset” está a cargo de Jesús M. Díaz Álvarez y Jorge Brioso; y cierra el número José Lasaga con “Metafísica y novela. Dos preocupaciones de Antonio Rodríguez Huéscar”. Estas aportaciones son suficientes para conocer el alcance y los matices que puede sugerir el filósofo de Fuenllana en nuestro tiempo.

Pero no solo en España se tuvo interés por su obra: el gran hispanista francés Alain Guy (1918-1998) le dedicó un capítulo en su *Historia de la Filosofía Espa-*

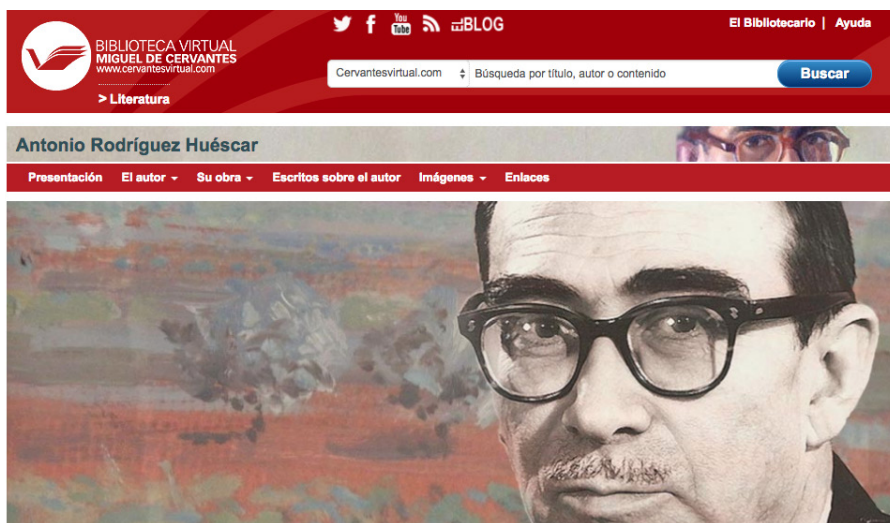


Fig. 2: Portal dedicado a Antonio Rodríguez Huéscar en la Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes.

ñola (Guy, 1985: 314s). Guy, jefe del Equipo de Filosofía Ibérica de la Universidad de Toulouse, mantuvo correspondencia con Rodríguez Huéscar en los procesos de elaboración de sus trabajos, y el ensayo filosófico sobre el Campo de Montiel fue traducido al francés por dicho equipo; de hecho, nuestro filósofo era uno de los autores más respetados y queridos por este equipo, que eligió precisamente su trabajo sobre el Campo de Montiel. Así mismo, en la obra *Pensée ibérique et finitude. Essais sur le temps et la mort chez quelques écrivains espagnols et portugais contemporains*, Dominique Quentin-Mauroy le dedica un estudio, “Structures et valeurs chez un disciple d’Ortega y Gasset: Antonio Rodríguez Huéscar”, y se incorpora en el mismo volumen, como apéndice, una traducción al francés realizada por el mismo Dominique Quentin-Mauroy del capítulo del libro del filósofo manchego *Con Ortega y otros escritos*, bajo el título de *L’homme de Montiel (Homo montielensis) ou la révolte contre le temps* (1972).

Reine Guy, la viuda de Alain Guy, donó a la Universidad de Salamanca el archivo personal del hispanista, una rica colección documental formada por miles de cartas de muy diversa índole, unos treinta cuadernos de viaje y múltiples papeles y documentos de toda clase, todo ello imprescindible no solo para reconstruir su trayectoria individual como hispanista filósofo sino también para conocer el origen y desarrollo del *Centre de Philosophie Ibérique et Ibéroaméricaine* de la Universidad de Toulouse (Francia), único en su género en toda Francia y tal vez en el mundo. A través de esos documentos puede rastrearse la historia institucional de la enseñanza de la filosofía española en aquella universidad y las vicisitudes de su implantación y difusión más allá de nuestras fronteras. El legado guarda también la huella documental impresa y manuscrita de la vida política, filosófica, literaria y religiosa de Francia y España a lo largo del siglo XX. En él se encuentra una carta, que se reproduce aquí por primera vez, de Antonio Rodríguez Huéscar a Alain Guy, cuya relación siempre fue cordial, amistosa y de respeto (Fig. 3).

En esta carta, Rodríguez Huéscar muestra su visión de la filosofía y de España y su programa como filósofo e intelectual español en relación con el historiador, filósofo e intérprete francés. En la carta, el filósofo defiende el valor de la filosofía española, puesto de manifiesto por el interés de Guy y su equipo en esta disciplina. Así se ve reflejado en una de las grandes obras de uno de los expertos mundiales sobre Unamuno, donde se presenta como filósofo español y como parte de la intelectualidad española del momento.

Mr. Alain Guy
69 Avenue Frédéric-Estèbe
TOULOUSE, Francia

Madrid, 6, III, 1965.

Muy estimado amigo:

Le pido mil perdones por no haberle escrito antes, acusándole recibo de su Unamuno, que encontré en Madrid a mi regreso de un viaje de tres semanas por provincias. Después, tampoco pude leerlo inmediatamente, de modo que fui aplazando el escribirle hasta haber realizado su lectura. No necesito enaltecerle lo mucho que le agradezco el libro, su gentil dedicatoria y también la cita de mi artículo de La Torre que he encontrado en el texto. Es un librito precioso y tanto la selección y traducción de textos unamunianos como el estudio que sirve de presentación están muy bien. Le felicito cordialmente por su acierto y por su excelente conocimiento del pensamiento español, ya bien acreditado en otras empresas intelectuales anteriores, y del que este libro es una nueva prueba. Resulta conmovedor para nosotros, españoles, que alguien se ocupe en Francia de conocer a fondo el pensamiento español, y especialmente el filsofo, con ánimo tan generoso y abierto a la comprensión, en suma, con tanto amor como el que usted pone en su empeño - muy sabiamente, por lo demás, ya que sólo a esta norma metódica del amor intelectual - lis rinden las cosas, sean las que fueren, su verdad, acostumbrados como estamos, sobre todo en este terreno, más bien a desdenes y a ignorancias (a veces deliberadísimas) que a otra cosa. También por ello creo que debo darle las gracias, y al hacerlo estoy seguro de interpretar un sentimiento general de los intelectuales españoles - si bien yo no tenga autoridad para ser su portavoz.

Si en algo puedo serle útil desde aquí, ya sabe que puede disponer de su buen amigo, que le envía efusivos saludos,

Antonio R. Huéscar

P. S.- Creo que usted me dijo que tenía mi libro Con Ortega y otros escritos, pero ahora me asalta una leve duda. De no ser así, tendré mucho gusto en enviárselo.

Fig. 3: Carta, inédita hasta ahora, de Antonio Rodríguez Huéscar a Alain Guy. 1965.

«Mr. Alain Guy
69 Avenue Frédéric-Estèbe

Madrid, 6, III, 1965.

TOULOUSE, Francia

Muy estimado amigo:

Le pido mil perdones por no haberle escrito antes, acusándole recibo de su Unamuno, que encontré en Madrid a mi regreso de un viaje de tres semanas por provincias. Después, tampoco pude leerlo inmediatamente, de modo que fui aplazando el escribirle hasta haber realizado su lectura. No necesito encarecerle lo mucho que le agradezco el libro, su gentil dedicatoria y también la cita de mi artículo de La Torre que he encontrado en el texto. Es un librito precioso y tanto la selección y traducción de textos unamunianos como el estudio que sirve de presentación están muy bien. Le felicito cordialmente por su acierto y por su excelente conocimiento del pensamiento español, ya bien acreditado en otras empresas intelectuales anteriores, y del que este libro es una nueva prueba. Resulta conmovedor para nosotros, españoles, que alguien se ocupe en Francia de conocer a fondo el pensamiento español, y especialmente el filosófico, con ánimo tan generoso y abierto a la comprensión, en suma, con tanto amor como el que usted pone en su empeño – muy sabiamente, por lo demás, ya que solo a esta norma metódica del amor intelectualis rinden las cosas, sean las que fueren, su verdad, acostumbrados como estamos, sobre todo en este terreno, más bien a desdenes y a ignorancias (a veces deliberadísimas) que a otra cosa. También por ello creo que debo darle las gracias, y al hacerlo estoy muy seguro de interpretar un sentimiento general de los intelectuales españoles – si bien yo no tenga autoridad para ser su portavoz.

Si en algo puedo serle útil desde aquí, ya sabe que puede disponer de su buen amigo, que le envía efusivos saludos,

Antonio R. Huéscar

P.S.– Creo que usted me dijo que tenía mi libro Con Ortega y otros escritos, pero ahora asalta una leve duda. De no ser así, tendré mucho gusto en enviárselo»

Pasemos ahora a ver cómo el Campo de Montiel ejemplifica la existencia de seres humanos interaccionando de manera sostenible con el entorno y viviendo con otro sentido de la temporalidad, apuntando siempre al pasado en una suerte de eterno retorno de lo tradicional, que huye de su proyección hacia un futuro siempre incierto, desde el pensamiento de Antonio Rodríguez Huéscar.

3. EL CAMPO DE MONTIEL, OBJETO DE REFLEXIÓN DE RODRÍGUEZ HUÉSCAR

A lo largo de la obra de Antonio Rodríguez Huéscar destaca su interés por el Campo de Montiel. De entre sus escritos relacionados con su origen manchego, el más importante es el ensayo breve *Homo montielensis* (“La rebelión contra el tiempo”, texto de 1951 publicado en *La Torre, Revista de la Universidad de Puerto Rico* (año VI, núm. 22, abril-junio, 1958) y posteriormente en *La Mancha, Revista de Estudios Regionales* (Daimiel, año I, núm. I, enero-marzo, 1961).

Al inicio del breve opúsculo, a modo de proemio, anuncia que se trata de «*unas líneas desordenadas, expresión de ideas y sentimientos que me asaltaron atropelladamente, hace ya tiempo, vagando por este dramático paisaje manchego que profundamente amo*» (Rodríguez Huéscar, 1964: 311). Aquí expresa su conocimiento respecto a las características del hombre de su tierra, e intenta explicar cómo la esencia de este hombre tiene caracteres filosóficamente universales y simbólicos en el ámbito del españolismo: «*estas cuartillas fueron escritas, en su mayoría, en la encalmada soledad nocturna de un lugarcillo de la Mancha, mientras resonaban los grillos y ululaba de vez en cuando en la llanura algún mastín lejano*» (*Ibid.*: 312).

Reflexiona el filósofo manchego sobre el hombre del Campo de Montiel: Infantes, Cózar, Fuenllana, Almedina y Alhambra, aunque fácilmente podría extenderse a todos los rincones de dicha comarca en el momento en que elabora su trabajo. Entre sus ideas principales destaca la influencia del paisaje físico en el paisaje espiritual de los hombres, que los conformará de una manera y no de otra, pues el ambiente influye sobre el alma.

Le parece sugestivo y fascinante a Rodríguez Huéscar que ante las nuevas tecnologías estos hombres permanezcan en sus creencias, y consideren el pasado como más importante que el presente. La civilización técnico-industrial no modifica sus esquemas mentales, que están profundamente grabados en los hombres. Así pues, el pasado, que ya no es, aún está siendo. El sentido de la vida es hacer lo que se ha hecho siempre en un eterno retorno, a diferencia de la filosofía del proyectarse orteguiano. Queda, por lo tanto, descartado el sentido de crear nuevas formas de vida. El gran afán de los hombres de Montiel, según el estudio de Rodríguez Huéscar (1954: 318), es «*hacer el alma inflexible ante la viva realidad*», matar el tiempo, rebelarse contra él, porque lo tradicional tiene más valor que lo novedoso. El hombre no es ya proyecto, porque existe la pretensión de destemporalizar la vida. En definitiva, que el hombre observe pasar el devenir del tiempo y su impacto

ante sus ojos y lo deje pasar sin intervenir en él, porque el tiempo propio del Campo de Montiel transcurre más lento que en otros lugares.

Como antecedente clásico, la temporalidad en la antigua Grecia era pensada de manera muy compleja, tenían αἰών y Χρὸνος: el primero designaba una parte de la vida y el segundo, el tiempo en general. Ese mirar continuamente al pasado huyendo del destino cronológico futuro, ese eterno retorno de lo tradicional con su temporalidad cíclica, será percibido por Rodríguez Huéscar como la rebelión más poderosa contra el retraso espiritual que impone una estrecha racionalidad científico-tecnológica. Solo repensando de otras maneras la temporalidad de la vida cotidiana, al modo de las comunidades rurales del Campo de Montiel, solo desde ahí es posible otro mundo, que no sería un nuevo mundo, sino un viejo mundo casi ya extinguido, o en vías de extinción, y que la sabiduría popular mantiene, tal y como sostiene Rodríguez Huéscar.

Alain Guy, en su *Historia de la Filosofía Española*, por el interés que suscita esta reflexión sobre la tierra de origen, destaca el estudio filosófico que acerca del carácter de los habitantes de su tierra elabora Rodríguez Huéscar: «*igualmente tendríamos que dedicar un espacio a la sugestiva meditación sobre “la detención del tiempo”, que suscitó en el filósofo manchego la evocación de la planicie de Montiel, en su provincia natal. En el corazón de este territorio arcaico y desértico, donde el quijotismo se une a la thanatotropia, se manifiesta un curioso distanciamiento con respecto a nuestra época y al entorno del resto de la península ibérica*» (Guy, 1985: 314s). Así explica Guy, en pocas palabras y de manera magistral, el complejo y rico ensayo.

La reflexión de Rodríguez Huéscar no se encuentra aislada, sino en el marco de una serie de investigaciones y trabajos sobre La Mancha que han ido desarrollándose sobre todo a partir de la segunda mitad del siglo XX, y que permiten conocer una tradición de filosofía en la península Ibérica difícil de interpretar, por su dispersión y localismo, pero que puede ser de gran utilidad para la interpretación del hispanismo en el ámbito de las filosofías regionales españolas. Estos parajes rurales son objeto de su filosofía, territorio objeto de un pensamiento propio y diferenciado de otros lugares, y toman el *Quijote*, vigente en la actualidad en el turismo y en la filosofía cotidiana de sus pueblos, como permanencia patrimonial e identitaria en los textos.

Comienza *Homo montielensis* con una descripción, la del Campo de Montiel, que dibuja una panorámica muy valiosa en nuestra tradición cultural, desde la época romana hasta la actualidad. Dicha descripción expresa una dialéctica entre

la aridez y el sufrimiento de la tierra y la llanura del entorno. En esta descripción aparece la fuerza de un lugar sobre el alma humana:

«Estamos en pleno Campo de Montiel. Andamos por los términos municipales de Infantes, de Fuenllana, de Villahermosa. Ahora, por ejemplo, estamos en Fuenllana, la antigua Laminium de los romanos, cuna después de Santo Tomás de Villanueva, cuya ascética vida escribió Quevedo. El propio Quevedo tiene su tumba en Infantes, esa “ciudad muerta” que impresionó a Azorín, cabeza del partido judicial a que pertenecen todas estas villas. Estamos, pues, ahora en Fuenllana, entre Infantes y Villahermosa, entre Montiel y Alhambra. Salgamos al campo por el lado de Montiel. Ante nosotros se extiende una amplia llanada que ondula suavemente: barbecheras sombrías, misteriosas, y rastros crueles ocupan toda la tierra, caprichosamente parcelada. Todo verdor ha sido abolido por la terrible solanera y la piel de la tierra aparece cauterizada y en suplicio, llena de desgarraduras y pústulas. Solo tres chopos, como tres esbeltas plumas, se yerguen allá lejos, entre la horizontal geometría de los predios reseco, aspirando heroicamente al verde utópico. Más allá, en el peraltado horizonte, se alzan dos colinas gemelas que imitan con exactitud los pechos de una adolescente de piel cobriza. Son los Cerrillos de Montiel. Si los traspusiésemos, hallaríamos una loma y, al coronarla, nos asaltaría de pronto la visión del histórico pueblo que da nombre a todos estos campos: Montiel, en un inmenso valle, y el gesto descomunal de su castillo, o, mejor, la herida disforme, la bárbara mutilación de lo que fue su castillo: unos pedruscos grisáceos, unos restos carcomidos de muro izados en lo alto de empinadísimo cerro» (Rodríguez Huéscar, 1964: 313s).

Así mismo, refleja un pensamiento geográfico y la conexión entre el paisaje que se nos muestra y el que vivimos en el interior, citando a Ortega en lo que se refiere a la relación entre el hombre y su circunstancia. Se preocupa del carácter de los hombres de Montiel. El reflejo de lo tradicional, de lo añejo, de lo antiguo en los habitantes de esta comarca le parece fascinante y le sobrecoge. Expone magistralmente la esencia y el carácter de los habitantes de la comarca, que hasta hoy se percibe en el ambiente, no desde una perspectiva negativa, sino enfrentada a toda civilización moderna, como queriendo luchar contra el devenir del tiempo, esa rebelión heroica que incorpora el título del opúsculo y que podemos vivir, sentir y pensar entablando un diálogo auténtico con cualquier abuelo del Campo de Montiel:

«La contemplación del paisaje físico nos transporta a la intuición del paisaje espiritual. Recordamos a Ortega: “Castilla es tan terriblemente árida porque es árido el hombre castellano. Nuestra raza ha aceptado la sequía ambiente por sentirla afín con la estepa interior de su alma”. En efecto, la profunda concordancia, la afinidad entre el aspecto de estas hoscas tierras y el alma de sus habitantes se hace patente con meridiana nitidez, a poco que uno trate de reparar en ello. No es ya solo la aridez, la sequedad; es también este aire que tiene todo de haberse detenido la vida, esta quietud

letárgica envolvente, este como adormecimiento y perpetuación en el pasado, que le hacen sentirse aquí a uno a muchas, muchas leguas de la trepidante actualidad. Viven todavía por estos parajes gentes con una mentalidad, con una tectónica espiritual, que podrían ser muy bien de tiempos del rey don Pedro, y aún de mucho más atrás. Y esta estructura de su intimidad se traduce expresivamente al exterior; como no podía menos, en rasgos fisonómicos, gestos, actitudes, de correspondiente sabor trasañejo» (Rodríguez Huéscar, 1964: 314).

Estos elementos del carácter humano en el territorio, más allá del conocimiento de la ciencia y la técnica, los achaca a un grado más intenso y profundo del alma de las gentes al enfrentarse a su propia existencia:

«Y no es que no se conozcan por aquí –¡no faltaba más!– el motor de explosión, los abonos químicos, la radio, el cine y la penicilina. (La moderna técnica científica es de esencia sumamente expansiva, ya que no penetrante; no me sorprendería que en la propia Lhasa y sus alrededores se utilizasen ya el plexiglás, las sulfamidas y la radio, si no todavía la televisión). Pero ante estos juguetes y maravillas de la técnica, nuestros hombres del Campo de Montiel permanecen impertérritos, tenazmente afincados en sus creencias, en sus módulos de espiritualidad oriundos de un pretérito que no se puede definir ni localizar, porque, en realidad, no es ningún pasado concreto. En el fondo de la sangre de esta raza de hombres hay un tamo turbio de disposiciones vivenciales, producto de la decantación secular de muchos pretéritos. Es, por excelencia, el pretérito indefinido, lo “antiguo”, lo inmemorial, casi lo legendario, el elemento en que hunden sus invisibles, sus misteriosas raíces, estas vivas figuras de retablo» (Rodríguez Huéscar, 1964: 315).

Y reflexiona sobre la pervivencia del pasado en el presente como sustituyéndolo, como si la antropología existencial de la zona no luchara contra el paso del tiempo en el sentido trágico unamuniano, sino con una vocación de sujetar el tiempo y de realizar el pasado en el presente, sin mirar hacia el futuro, sin proyecto más allá de la permanencia en lo que ya existe. Esto parece verse hoy en las calles de los pueblos de la comarca. Continúa sus reflexiones:

«El hecho es azorante. ¿Cómo puede pervivir el pasado, no ya en la forma de incorporación al presente (es decir, determinando y, hasta cierto punto, informando parcialmente este presente en vista de lo que ha sido, pero ya no es) –que esta es la condición misma del tiempo histórico y del tiempo vital, que también es histórico–, no ya integrando el presente, en su modo funcional propio, que consiste justamente en operar dentro de él como tal pasado, sino sustituyendo al presente, suplantándolo?» (Rodríguez Huéscar, 1964: 315s).

Meditando sobre el hombre del Campo de Montiel, entre sus ideas principales aparece por lo tanto, en primer lugar, la influencia del paisaje físico en el paisaje espiritual de los hombres, que los conformará de una manera y no de otra, pues el ambiente tiene un gran influjo sobre el alma. La tesis principal es que en esta zona de La Mancha no pasa el tiempo y que las actitudes del pasado, lenguajes y formas clásicas ya muertas, son las que priman sobre las nuevas corrientes. Como un planteamiento vital propio, queriendo protegerse del paso del tiempo, del proyectarse, mirando y avanzando hacia el pasado, incluso contrariando “la evolución creadora”, que Bergson planteaba como impulso vital en cada hombre, produciéndose así una permanencia en el pasado:

«El presente es una tensión dinámica, móvil y continua entre dos polos: pasado-futuro. Ahora bien, la estructura de ese movimiento –la estructura del movimiento hecho de temporalidad que es la vida misma– consiste en venir del pasado y dirigirse a proyectarse hacia el futuro. Imagínesse entonces, la extraña condición de una vida que intenta sustituir esta proyección hacia el futuro por una retro-yección hacia el pretérito. Verdad es que nada de lo que está inserto en el tiempo –y toda existencia constitutivamente lo está– puede escapar a ese orden estructural del tiempo mismo, cuyo sumario esquema queda trazado más arriba. La dirección del movimiento en que avanza el fluir temporal, la duración, no es reversible. No es reversible realmente, bien entendido –y en este sentido, la vida del hombre del Campo de Montiel, que ahora consideramos, no puede formar excepción–, pero sí lo es intencionalmente» (Rodríguez Huéscar, 1964: 317).

Expresa esto con elegancia literaria digna de la misma filosofía de Ortega, a quien trae para explicar este fenómeno como “tíbetización”, que se traduce en aislamiento activo de otras ideas exteriores como forma de protección y rebelión:

«Tiene el alma del hombre de Montiel tropismos de mimosa pudica; es retráctil, como cuerno de caracol o uña de felino; ante el contacto de lo extraño, se encoge, se mete en su concha. Ortega ha filiado agudamente este fenómeno, consuetudinario en nuestro pueblo, y le ha dado nombre: tíbetización» (Rodríguez Huéscar, 1964: 319).

Esto es consecuencia del alma de los habitantes de la zona, pues *«el alma del hombre de Montiel es, por lo regular, pesada, como la tierra a la que yace adscrita»* (Rodríguez Huéscar, 1964: 320), y lo considera como un “inexistencialismo” (*Ibid.*: 321) para posicionarse en un eterno tiempo: *«El único presente que el hombre de Montiel aceptaría como digno de tal nombre sería el inmutable presente de la eternidad, en el cual se fundiesen en una las tres dimensiones del tiempo vivo»* (*Ibid.*: 332). Esto se explica puesto que *«la raíz de ese menosprecio de la vida es, precisamente, el amor desmedido, el anhelo utópico, la sed insaciable de vida»* (*Ibid.*: 333). Es, por lo tanto, el hombre de Montiel un inexistencialista por un an-

helo utópico, esto es, si la vida no evoluciona, la vida permanece siempre, y este hombre tiene más miedo a la vida que a la muerte. El hombre se da cuenta de que no tiene nada que hacer más que asumir una existencia paranoica. En consecuencia, lucha por querer permanecer siendo lo que no es, y ser lo que no se quiere ser, asumiendo el papel de seres intensamente trágicos.

Concluimos este apartado pasando de la metafísica a la estética, para destacar el interés de Rodríguez Huéscar por su tierra no únicamente desde un análisis general del comportamiento de sus gentes, sino también desde un estudio de la estética en el arte de Antonio López Torres, en su discurso de ingreso en el Instituto de Estudios Manchegos, *Antonio López Torres. Su lugar en el arte del siglo XX*.

4. EL CAMPO DE MONTIEL, OBJETO DE REFLEXIÓN ESTÉTICA

Antonio López Torres, con el que compartió algunos años en Tomelloso, refleja un carácter manchego esencial a través de la pintura. Pinta para alcanzar la verdad, modifica la realidad a su manera, la transforma y hace que aparezcan los detalles ocultos, no desea meras apariencias. Su pintura, por lo tanto, es un pensamiento del mundo en el que sitúa todos los elementos para analizarlos en la observación; su finísima interpretación de lo real muestra que con la mezcla de algunos colores se pueden captar los más ricos matices, incluso los más lejanos, que aparecen en la mirada inmediata.

Antonio López Torres nace en 1902. Desde joven pinta los temas que le rodean, y es la gran llanura del campo manchego la que más tiempo ocupa en su vida, ya que desde muy pequeño empieza ayudando a sus padres en las labores del campo. Estudió en la Escuela de Artes y Oficios de Ciudad Real y más tarde en la Escuela de Bellas Artes de San Fernando de Madrid. Hasta 1982 enseñó dibujo en los institutos de Daimiel, Santoña, Ciudad Real y Madrid, donde residió en sus últimos años. Rodríguez Huéscar quiso, del mismo modo, mirar desde La Mancha para contrastar con otros territorios el verdadero sentido del arte del pintor realista de Tomelloso, en el que se expresa un profundo amor por el mensaje ético y estético que emana fuera de las corrientes actuales de la estética, introyectado en su interior buscando la perfección:

«Me propongo en esta disertación buscar alguna claridad sobre la verdadera significación del arte de nuestro paisano, el gran pintor de Tomelloso Antonio López Torres. Mi relación con él y con su obra data ya de hace más de cuarenta y cinco años y ha sido para mí fuente de valiosas experiencias estéticas y humanas. Pero mi predilección por su arte, la altísima estimación en que, desde que lo conocí, lo tuve –y que

no ha hecho sino aumentar con el tiempo—, me exigían darme a mí mismo razones de ella, sobre todo por tratarse de un arte tan aparentemente marginado de las grandes corrientes predominantes en la plástica contemporánea, tan aparentemente ajeno a las preocupaciones e inquietudes de su época, tan concentrado en sí mismo y atenido exclusivamente a un compromiso de perfección interna»³.

La obra de Antonio López Torres sirve a Rodríguez Huéscar, como el Campo de Montiel, para realizar su labor de filósofo español, pues en ella encuentra una muestra del sentido estético y existencial al tiempo actual:

«Esta necesidad de justificación ha convertido para mí la obra de López Torres en motivo privilegiado de meditación acerca de importantes y muy actuales problemas estéticos y especialmente de algunos que se relacionan con la situación actual del arte y con fenómenos sociológicos conexos con ella. No creo exagerar si afirmo que la contemplación comprensiva de la obra de López Torres —y desde luego también la de otros artistas eminentes afines a su orientación— plantea el problema radical del arte de nuestro tiempo: el de su sentido para el hombre actual»⁴.

Son los valores éticos y estéticos de la obra de López Torres los que interesan a Rodríguez Huéscar, porque considera que López Torres busca una vuelta a los valores humanistas que recupera desde su planteamiento manchego para regenerar el arte contemporáneo, lejos de vaguedades y con un carácter firme, austero y sabia profundidad en un lugar de La Mancha. En la obra de López Torres, creemos que Rodríguez Huéscar se está mirando a sí mismo y expresando su filosofía, la que también expresó en algunos de sus apuntes y expresiones pictóricas:

«Regeneración y rehumanización son, pues, dos caras de la misma moneda: esa moneda de oro puro que es su pintura, con la que López Torres contribuye en primera línea —y a esto sí que se le podría llamar con toda propiedad vanguardia, si el vocablo no estuviera tan mancillado y deteriorado— a esa revaloración y reanudación del gran arte de siempre, tan necesitadas en nuestros días. La esforzada entrega a este doble imperativo hace de nuestro manchego ejemplar, injerto en la andante caballería artística a lo divino, uno de los más genuinos y silenciosos paladines —por cierto, codo a codo, como he dicho, con toda una preclara mesnada manchega— en esa empresa o “paso honroso” que la situación actual del arte está pidiendo tan perentoriamente»⁵.

³ www.cervantesvirtual.com/obra-visor/antonio-lopez-torres-su-lugar-en-el-arte-del-siglo-xx/html/b9ff8666-1ec5-4e8c-a03f-98104efcd842_2.html (acceso 15-XII-2016).

⁴ *Ibidem*.

⁵ *Ibidem*.

La misión del arte realista de López Torres, la forma de vida como obra de arte en la trayectoria del pintor y la convivencia con las gentes de La Mancha hacen de la obra una creación desgarrada del artista que es también filósofo:

«Esta sencillez casi monástica de su peripecia externa contrasta con la riqueza espiritual de su vida interior, que se trasluce en su fisonomía: su rostro enjuto, atezado, curtido de soles e intemperies, anguloso, duramente tallado, como resecado en surcos y arrugas incisivas, es el rostro macerado, trabajado y consumido de vigiliyas y “ejercicios”, de un asceta. Toda su represada vida interior se refleja en la tensión de la boca prieta, circuida de finos frunces convergentes, y aflora en la efusión luminosa de la mirada, que se enciende por instantes en resplandores cordiales de puro entusiasmo infantil y por instantes se vela, pensativa, en suaves destellos melancólicos. Toda la vida interior del hombre y del artista pulsa en esos contrastes de su mirada: la pureza siempre reestrenada, como en una perennizada puericia, deslumbrada ante la belleza del mundo, y, por otra parte, el tamo del dolor; la sedimentación de una larga experiencia y sabiduría, forjada a golpes en la dura fragua de la vida, en la obligada convivencia con gentes de insensible catadura espiritual, incomprensivas, a veces hasta hostiles»⁶.

El hombre de Montiel y el arte de este manchego, Antonio López Torres, ostentan valores que llaman la atención a nuestro filósofo, que vivió la represión de la Guerra Civil y el exilio en una lucha constante por poner en valor la filosofía de su maestro. Con los antecedentes del magisterio de Ortega, en que la vida está por delante de la razón, Rodríguez Huéscar aplica este método al conocimiento del hombre de Montiel primero y *a posteriori* del pintor de Tomelloso, como dos grandes líneas de su pensamiento estético y social. Su vigencia y valores permanecen aún hoy con mucha fuerza.

5. LA SIGNIFICACIÓN FILOSÓFICA DEL HOMBRE DE MONTIEL

En este artículo se ha realizado una presentación general de la aportación de Antonio Rodríguez Huéscar, filósofo español, al Campo de Montiel como espacio físico, social, cultural y emocional.

Por una parte, se han reconstruido brevemente sus líneas vitales y las características fundamentales de sus estudios sobre el Campo de Montiel, para captar externamente los principales focos de su dedicación; por otra parte, se ha esbozado su concepción filosófica respecto a los valores del hombre del Campo de Montiel y la estética sobre la obra de López Torres.

⁶ *Ibidem*.

Se ha detectado en Antonio Rodríguez Huéscar la conciencia de su misión histórica y un fuerte compromiso personal que, llenos de exigencias de verdad y comprensión, hacen que se convierta en representante del mensaje de la pequeña comarca del Campo de Montiel, con una historia muy rica y fructífera. En estos ensayos, y también en su obra filosófico-histórica, e incluso en su obra pictórica –muy poco conocida–, reconoció con gran objetividad y con un compromiso moral muy decidido la dialéctica existencial de su tierra desde su enfoque filosófico orteguiano, recuperando a través de sus paisanos un humanismo desgarrado y profesándolo como un hombre íntegro en todas sus relaciones académicas, sociales, vitales, etc., para llegar a su valoración comprensiva y amistosa de la actividad del pensamiento, con una consideración por el hombre –y por todo lo que concierne a sí mismo–, especialmente por el hombre de La Mancha, y por el hombre de “carne y hueso” del Campo Montiel, que en ese sentimiento metafísico fruto del lugar se sitúa en el mundo como no queriendo ver más allá de las tradiciones y formas de vida clásicas o más bien arcaicas.

La filosofía de Rodríguez Huéscar, su proyecto filosófico y social, siempre han estado orientados de manera universal, pero con un arraigamiento fuerte a su centro emocional, intelectual y humano en el Campo de Montiel. Rodríguez Huéscar tiene dos enfoques que se integran en la misión que para él tiene la filosofía, y realiza una crítica armoniosa y constructiva, apoyada en el deseo de comprensión, a través de una escritura comprensible y abierta, en diálogo emocional con el paisaje, aportando su método orteguiano a la problemática propia, al mensaje de la filosofía española que bien se refleja en su lugar de nacimiento.

Estos trabajos son logros que sirven hoy como base para una comarca con muchos matices que mostrar y con la vigencia de su legado por recuperar, que representa valores españoles muy específicos que el filósofo supo ver. Ser hombre es precisamente ser responsable, un poco responsable del destino de otros hombres, en la medida de su trabajo. Sentir que al colocar su piedra, se contribuye a edificar el mundo. Humanismo concreto y enraizado bajo la justicia y un amor a la verdad. Reencuentro entre seres humanos.

Hoy una placa recuerda la vivienda de Fuenllana donde nació y vivió Antonio Rodríguez Huéscar, un autor que puso en el centro de la filosofía española su lugar de nacimiento, realizando un proyecto de hispanismo filosófico desde su comarca, con afán de comprensión y con un interés en el desarrollo futuro de la misma. Prestemos atención a sus enseñanzas, porque el Campo de Montiel contó entre sus personajes más ilustres con un gran filósofo español del siglo XX.

BIBLIOGRAFÍA

- ARROYO SERRANO, S. (2007): *Diccionario de Pensadores de Castilla-La Mancha*. Junta de Comunidades de Castilla-La Mancha. Toledo.
- Bajo Palabra, Revista de Filosofía*, Época n.º II. N.º 11, año 2015: 3-4.
- GUY, A. (1985): *Historia de la Filosofía Española*. Anthropos. Barcelona.
- PADILLA MORENO, J. (2003): *Antonio Rodríguez Huéscar o la apropiación de una filosofía*. Biblioteca Nueva. Madrid.
- RODRÍGUEZ HUÉSCAR, A. (1964): *Con Ortega y otros escritos*. Taurus. Madrid.
- VV. AA. (1972): *Pensée ibérique et finitude. Essais sur le temps et la mort chez quelques écrivains espagnols et portugais contemporains*. Association des Publications de l'Université de Toulouse-Le Mirail. Toulouse.

5

REVISTA DE ESTUDIOS DEL CAMPO DE MONTIEL

2017

ISSN: 1989-595X



Redacción, correspondencia y servicio de intercambio

Centro de Estudios del Campo de Montiel
Plaza Mayor, 1 (Ayuntamiento)
13328 - Almedina
Ciudad Real, España
recm@cecampomontiel.es
www.cecampomontiel.es/recm/

Maquetación

Pedro R. Moya Maleno

Edición patrocinada por la **DIPUTACIÓN DE CIUDAD REAL**

© De la edición: CECM

© De los contenidos: los autores.

El CECM no comparte necesariamente las opiniones expresadas por los autores de los contenidos.

FICHA CATALOGRÁFICA

Revista de Estudios del Campo de Montiel /
Centro de Estudios del Campo de Montiel.- Vol. 5 (2017).-
Almedina: Centro de Estudios del Campo de Montiel, 2017.
Rev. estud. Campo Montiel // RECM
170 x 227 mm.
Bienal
ISSN electrónico: 1989-595X
ISSN papel: 2172-2633
ISSN-L:1989-595X
III. Centro de Estudios del Campo de Montiel

Imprime: ServicePoint

C/ Salcedo, 2 – 28034, Madrid

Depósito legal: M-39.226-2010

REVISTA DE ESTUDIOS DEL CAMPO DE MONTIEL



Colaboran



fibicc.

FUNDACIÓN IBEROAMERICANA
DE LAS INDUSTRIAS CULTURALES Y CREATIVAS

Revista de Estudios del Campo de Montiel

Rev. estud. Campo Montiel // RECM

recm@cecampomontiel.es
www.cecampomontiel.es/recm

Dirección Científica

Dr. Pedro R. Moya Maleno

Coordinación Editorial

Fco. Javier Moya Maleno

Consejo Editorial

Dr. Álvaro Sánchez Climent, Universidad Complutense de Madrid, España.

Esteban Jiménez González. Biblioteca Pública del Estado de Ciudad Real, España.

Dr. Jesús Francisco Torres Martínez. IMBEAC, España.

Dr. Manuel Antonio Serrano de la Cruz Santos-Olmo. Universidad de Castilla-La Mancha, España.

Consejo Asesor

Dr. Francisco Javier Campos Fernández de Sevilla
(Estudios Superiores de El Escorial)

Dra. Rosario García Huerta
(Universidad de Castilla-La Mancha)

Dra. Consolación González Casarrubios
(Universidad Autónoma de Madrid)

Dra. Ángela Madrid Medina
(CECEL-CSIC)

Dr. Francisco Parra Luna
(Universidad Complutense de Madrid)

Dr. José Ignacio Ruiz Rodríguez
(Universidad de Alcalá de Henares)

Indización



academia.edu
follow research

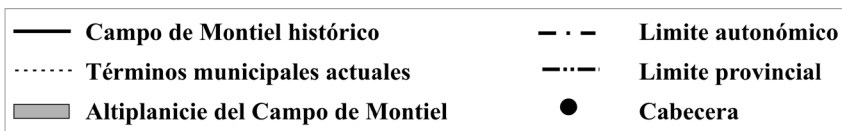
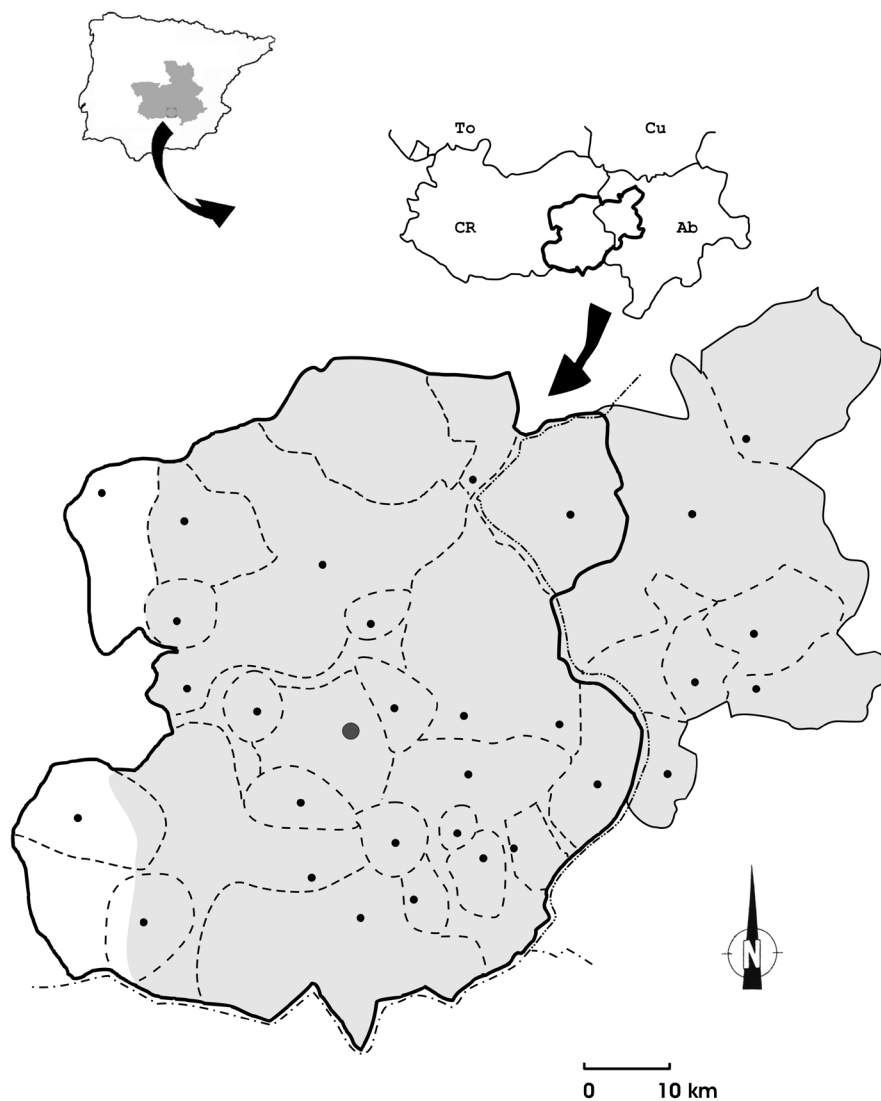


Índice

	<u>Págs.</u>
CARLOS SÁNCHEZ MOLINA: <i>Patronazgo y poder en la Castilla del siglo XVII: el patronato sobre el convento de las Dominicas de la Encarnación (Villanueva de los Infantes), 1602-1660</i>	13-51
ANDREA MONTERO PRIEGO: <i>Estudio de las campanas de Fuenllana (Ciudad Real): historia y valorización del patrimonio</i>	53-74
JAVIER CALAMARDO MURAT: <i>El camarín del santuario de Nuestra Señora de la Carrasca de Villahermosa (Ciudad Real): historia, arte y devoción</i>	75-97
JOSÉ JAVIER BARRANQUERO CONTENTO: <i>Las ermitas del Campo de Montiel según la visita de 1719</i>	99-122
CONCEPCIÓN MOYA GARCÍA y CARLOS FERNÁNDEZ-PACHECO SÁNCHEZ-GIL: <i>La ermita de Santa María de la Vega (Torre de Juan Abad), en la Edad Moderna</i>	123-154
SANTIAGO BELLÓN SERRANO: <i>Expedientes Judiciales en el Archivo de Villahermosa (1567-1850)</i>	155-170
SANTIAGO ARROYO SERRANO: <i>Antonio Rodríguez Huéscar: hispanismo filosófico en el Campo de Montiel</i>	171-191
CRÓNICAS Y RECENSIONES	
<i>Cavilaciones en Ruidera. Retazos de relatos y vivencias de un don nadie</i> , de S. Jiménez Ramírez (PEDRO R. MOYA-MALENO)	195-202
<i>Fuenllana. Biografía de un lugar</i> , de C.J. Rubio Martínez (ANTONIO DÍAZ SERRANO)	203-207

Summary

	<u>Pages</u>
CARLOS SÁNCHEZ MOLINA: <i>Patronage and Power in Castile during the Seventeenth Century: The Patronage on the Dominican Nunneries of the Incarnation (Villanueva de los Infantes), 1602-1660</i>	13-51
ANDREA MONTERO PRIEGO: <i>Study of the Bells of Fuenllana (Ciudad Real): History and Valorization of the Heritage</i>	53-74
JAVIER CALAMARDO MURAT: <i>The Dressing-Room of the Sanctuary of Our Lady of "La Carrasca" in Villahermosa (Ciudad Real): History, Art and Devotion</i>	75-97
JOSÉ JAVIER BARRANQUERO CONTENTO: <i>The Hermitages of Campo de Montiel According to the Visit of 1719</i>	99-122
CONCEPCIÓN MOYA GARCÍA y CARLOS FERNÁNDEZ-PACHECO SÁNCHEZ-GIL: <i>The Santa Maria de la Vega Hermitage (Torre de Juan Abad), in the Modern Age</i>	123-154
SANTIAGO BELLÓN SERRANO: <i>Judicial Files in the Villahermosa Archive (1567-1850)</i>	155-170
SANTIAGO ARROYO SERRANO: <i>Antonio Rodríguez Huéscar: Philosophical Hispanism in Campo de Montiel</i>	171-191
 CHRONICLES AND BOOK REVIEWS	
<i>Cavilaciones en Ruidera. Retazos de relatos y vivencias de un don nadie</i> , de S. Jiménez Ramírez (PEDRO R. MOYA-MALENO).....	195-202
<i>Fuenllana. Biografía de un lugar</i> , de C.J. Rubio Martínez (ANTONIO DÍAZ SERRANO).....	203-207



REVISTA DE ESTUDIOS DEL CAMPO DE MONTIEL

CENTRO DE ESTUDIOS DEL CAMPO DE MONTIEL

Nº 5 - AÑO 2017

Índice

	Págs.
CARLOS SÁNCHEZ MOLINA: <i>Patronazgo y poder en la Castilla del siglo XVII: el patronato sobre el convento de las Dominicas de la Encarnación (Villanueva de los Infantes), 1602-1660</i>	13
ANDREA MONTERO PRIEGO: <i>Estudio de las campanas de Fuenllana (Ciudad Real): historia y valorización del patrimonio</i>	53
JAVIER CALAMARDO MURAT: <i>El camarín del santuario de Nuestra Señora de la Carrasca de Villahermosa (Ciudad Real): Historia, Arte y devoción</i>	75
JOSÉ JAVIER BARRANQUERO CONTENTO: <i>Las ermitas del Campo de Montiel según la visita de 1719</i>	99
CONCEPCIÓN MOYA GARCÍA y CARLOS FERNÁNDEZ-PACHECO SÁNCHEZ-GIL: <i>La ermita de Santa María de la Vega (Torre de Juan Abad), en la Edad Moderna</i>	123
SANTIAGO BELLÓN SERRANO: <i>Expedientes Judiciales en el Archivo de Villahermosa (1567-1850)</i>	155
SANTIAGO ARROYO SERRANO: <i>Antonio Rodríguez Huéscar: hispanismo filosófico en el Campo de Montiel</i>	171
CRÓNICAS Y RECENSIONES	
<i>Cavilaciones en Ruidera. Retazos de relatos y vivencias de un don nadie</i> , de S. Jiménez Ramírez (PEDRO R. MOYA-MALENO).....	195
<i>Fuenllana. Biografía de un lugar</i> , de C.J. Rubio Martínez (ANTONIO DÍAZ SERRANO).....	203

CECM

Centro de Estudios del
CAMPO DE MONTIEL

Colaboran

Excma. Diputación
de Ciudad Real

2017

ISSN: 1989-595X

ISSN-L 1989-595X



9 771989 595009 05 >